

cuanto moral social, lo hallamos lo mismo hasta en los más bajos escalones del reino animal, y precisamente ahí es donde descubrimos las ideas escondidas detrás de la cortina de todas esas amables reglamentaciones; se trata de escapar á los perseguidores y de obtener más fácilmente el botín de la caza. Por eso aprenden los animales á dominarse y á disfrazarse de tal suerte, que algunos consiguen adaptar su color al de las cosas que les rodean (por virtud de las llamadas «funciones cromáticas»), á simular la muerte, á adoptar la forma y los colores de otros animales, á imitar el aspecto de la arena, de las hojas, de los líquenes ó de las esponjas: esto es lo que los naturalismos ingleses llaman *mimicry* (mimesis).

De un modo semejante se esconde el individuo tras de la universalidad del término genérico *hombre*, ó se confunde y se pierde en la *sociedad*, ó se asimila á la manera de ser de los príncipes, á las castas, partidos y opiniones de su tiempo y de su tierra. Fácilmente se podría hallar entre los animales la equivalencia de todas las maneras sutiles que tenemos de aparentar ser felices, agradecidos, poderosos, enamorados, etc. También comparte el hombre con el animal el sentido de la verdad, que en el fondo no es otra cosa que el sentido de la seguridad; no quiere uno dejarse engañar ó extraviar por sí mismo; escucha con desconfianza los estímulos de sus propias pasiones, se domina y permanece desconfiado de sí mismo, todo lo cual entienden los animales como el hombre, y en ellos también el dominio de sí mismo nace del sentido de la realidad ó prudencia.

El animal observa la impresión que produce sobre la imaginación de los demás animales y aprende así á retornar á sí mismo, á considerarse objetivamente

y á poseer, dentro de ciertos límites, el conocimiento de sí mismo. El animal aprecia los movimientos de sus enemigos y de los seres que puede considerar como amigos; y aprende concienzudamente las particularidades de unos y otros. Renuncia á la lucha, de una vez para siempre, con los individuos de ciertas especies y adivina, al aproximarse ciertas variedades de animales, las intenciones de paz ó de combate que puedan traer. Los orígenes de la justicia, de la prudencia, de la moderación, del valor,—en una palabra, de todo lo que designamos con el nombre de virtudes socráticas—están en los animales, y tales virtudes son consecuencia de los instintos que enseñan á buscar el sustento y á huir de los enemigos. Si consideramos que el hombre superior no ha hecho más que elevarse y afinarse en cuanto á la calidad de su alimento, y en la noción de lo que considera como opuesto á su naturaleza, nos será lícito calificar de fenómeno animal el fenómeno moral entero.

27. *Valor de la creencia en las pasiones sobrehumanas.*—La institución del matrimonio hace que se conserve obstinadamente, la creencia de que, aun siendo el amor una pasión, es, sin embargo, capaz de durar como tal pasión: la creencia de que el amor duradero, el amor de por vida, debe ser considerado como la regla. Gracias á esta tenacidad de una noble creencia mantenida á pesar de refutaciones tan frecuentes que casi constituyen la regla, la institución del matrimonio ha conferido al amor una superior nobleza. Todas las instituciones que otorgan á una pasión la fe en su duración y la responsabilidad aneja á la misma, no obstante la esencia propia de la pasión, colocan á ésta en una nueva categoría, y desde entonces el que se

siente dominado por una pasión de esta clase no se cree rebajado como antes ni en peligro á causa de ella, sino que, al contrario, piensa que le eleva á sus ojos y á los de sus semejantes. Volvamos la vista á las instituciones y á las costumbres que han trocado el fogoso abandono de un instante en fidelidad eterna, el placer de la ira en eterna venganza, la desesperación en eterno luto, la palabra repentina y fugaz en compromiso eterno. Estas transformaciones han sido origen de mucha hipocresía y mucha mentira en el mundo; pero mediante ellas se ha formado una concepción *so-brehumana*, que eleva al hombre.

28. *La disposición de ánimo como argumento.*—¿De dónde procede la alegre disposición de ánimo que se apodera de nosotros al ir á ejecutar un acto? Cuestión es esta que ha preocupado mucho á los hombres. La solución más antigua, que todavía es corriente, hace remontar la causa de esa alegría á Dios, que de tal modo nos da á entender que aprueba nuestra decisión. En los tiempos en que se consultaba á los oráculos, los que iban á interrogarlos deseaban volver con esa alegre disposición de ánimo, y cuando se les presentaban diversos caminos que emprender contestaban á las dudas que se les ofrecían: «haré aquello que me aconseje ese sentimiento.» No se decidían los hombres por lo más racional, sino por aquel proyecto cuya imagen les llenaba el alma de resolución y de esperanza. La buena disposición de ánimo, colocada como argumento en la balanza pesaba más que la razón, porque era interpretada de una manera supersticiosa, como inspiración de un Dios que prometía el buen éxito y que hacía oír de este modo el lenguaje de la sabiduría suprema. Considerad las consecuencias de semejante

preocupación, cuando hombres astutos y ansiosos de dominación se servían de ella—y se sirven todavía.— ¡Disponed favorablemente los ánimos! Con esto se pueden reemplazar todos los argumentos y vencer todas las objeciones.

29. *Los comediantes de la virtud y del pecado.*— Entre los hombres de la antigüedad, célebres por su virtud hubo, según parece, muchos que *representaban la comedia hasta para ellos mismos*. Principalmente sucedía esto entre los griegos, que, siendo cómicos consumados, empezaron por simular inconscientemente y acabaron por caer en la cuenta de que era útil hacerlo. Por otra parte, como la virtud de cada uno estaba en pugna y emulación con la virtud de otro ó de todos los demás, no se podía perdonar artificio para mostrar la propia virtud, primero ante sí mismo, aunque sólo fuese para adquirir el hábito. ¿De qué serviría una virtud que no se manifestase ó no acertara á ponerse de manifiesto por sí misma? El cristianismo puso un freno á estos comediantes de la virtud. Inventó la costumbre de hacer ostentación de los pecados de un modo repugnante, de exhibirlos, y condujo al mundo á fingir el pecado, cosa que todavía está bien vista en nuestros días entre los buenos cristianos.

30. *La crueldad refinada como virtud.*— Es esta una tendencia moral, basada enteramente en la propensión á lo distinguido, que no debe inspirarnos mucha confianza. ¿Qué inclinación es esa? ¿Qué segunda intención la dirige? Consiste en aspirar á que nuestra contemplación haga daño al prójimo, excite sus instintos de envidia, despierte en él un sentimiento de

impotencia y de bajeza; se trata de hacerle saborear la amargura de su destino, poniéndole en la lengua una gota de nuestra miel, al mismo tiempo que le miramos de hito en hito con aire de superioridad. Con esto ya tenéis humilde al hombre distinguido, ya le tenéis perfecto en su humildad; pero buscad aquellos á quienes preparaba desde hace mucho tiempo con esa humildad un tormento, y no dejaréis de hallarlos. Aquél da muestras de compasión hacia los animales, y es admirado por ello, cuando hay gentes á quienes de este modo hace objeto de su crueldad. Fijaos en un gran artista: el placer que ha saboreado de antemano, figurándose la envidia de sus rivales vencidos, le da vigor y aliento, hasta que llega á ser una celebridad: ¡cuántos momentos de amargura ha proporcionado á otras almas para escalar la cima de su grandeza! Considerad la castidad de la monja: ¡con qué ojos amenazadores mira á las mujeres que viven en el siglo!, ¡qué alegría vengativa hay en su mirada!

El tema es breve; mas las variaciones serían innumerables, sin hacerse enojosas. Afirmar que la moraleja de la distinción consiste, en último término, en el goce que nos proporciona la crueldad refinada, es una novedad demasiado paradójica, casi ofensiva. Pero debo advertir que me refiero á la primera generación, pues cuando el hábito de una acción que distingue se hace hereditario, la intención oculta no se transmite (se heredan sólo los sentimientos, no los pensamientos); de suerte que, á la segunda generación, el goce de la crueldad no existe ya, á menos que no lo haga revivir la educación, quedando únicamente el goce que proporciona el hábito de la acción por sí sola. Pero este goce es el primer grado del bien.

31. *El orgullo del espíritu.* — El orgullo del hombre que se rebela contra la doctrina de que desciende de los animales y establece entre la naturaleza y el ser humano un verdadero abismo, se funda en un preocupación sobre la índole del espíritu, preocupación relativamente moderna. Durante el largo período prehistórico de la humanidad se creía que todas las cosas tenían espíritu, y no se pensaba en venerarle como una prerrogativa del hombre. Y como se creía que lo espiritual estaba difundido por todo el mundo (como los instintos, las malicias, las inclinaciones), no se avergonzaban los hombres de descender de animales ó de árboles, y hasta se consideraban honradas con estas leyendas las razas nobles. Se miraba al espíritu como algo que nos unía á la naturaleza, no como algo que nos separase de ella. De esta manera y también á consecuencia de un prejuicio se había llegado á la modestia.

32. *El freno.* — Padecer moralmente y saber que este género de dolor descansa en un *error*, es cosa que nos subleva. El único consuelo es poder afirmar que existe un mundo de verdad, más excelente, más positivo, más sólido que cualquier otro mundo. Se prefiere, con mucho, padecer, con tal de sentirse transportado por encima de la realidad, mediante la convicción de que padeciendo nos aproximamos á ese mundo de verdad fundamental, que no vivir sin dolor, pero privados de ese sentimiento de lo sublime. De donde se sigue que el orgullo y la manera común de satisfacerle son lo que se opone á la nueva interpretación de la moral. ¿Por medio de qué fuerza se podrá suprimir este freno? ¿Con más orgullo? ¿Con un nuevo orgullo?

33. *El desprecio de las causas, de las consecuencias y de las realidades.*—Las calamidades que afligen á una comunidad tales como tormentas, sequías ó epidemias despiertan en los ánimos la sospecha de que se han cometido pecados contra las costumbres, ó hacen reer que es menester inventar nuevas costumbres para aplacar á alguna nueva potencia sobrenatural ó algún nuevo capricho de los demonios.

Este género de sospecha y de discurso evita profundizar acerca de la verdadera causa natural del hecho y convierte á la causa demoníaca en razón primera de las cosas. Esta es una de las fuentes de los extravíos hereditarios del espíritu humano y otra fuente de ellos encontramos junto á ésta, pues de la misma manera y sistemáticamente también, se concede mucha menos atención á las consecuencias naturales de un acto que á las sobrenaturales (los castigos y recompensas de la divinidad). Existe, por ejemplo, un mandamiento que ordena tomar ciertos baños en circunstancias determinadas, y los fieles no se bañan en atención á la limpieza sino por estar mandado. No se aprende con el precepto á evitar las verdaderas consecuencias de la suciedad, sino el supuesto enojo de la divinidad que ordena el baño. Bajo la presión de este temor supersticioso, se da más importancia de la que tiene al lavado de un cuerpo sucio; se introducen en la explicación del acto, significaciones de segunda y de tercera mano, con lo cual se destruye el placer natural del acto y su significación real, y se acaba por no dar importancia á los lavatorios más que en cuanto pueden ser un símbolo.

De esta suerte, bajo el imperio de la moral de las costumbres el hombre desprecia primeramente las causas, luego las consecuencias, y, por último, la realidad,

refiriendo todos sus sentimientos elevados (veneración, nobleza, orgullo, agradecimiento, amor) á un mundo imaginario, al que llama mundo superior. Hoy tocamos las consecuencias; tan pronto como los sentimientos de un hombre *se elevan* en algún sentido, es que ese mundo imaginario entra en danza. Triste es decirlo, pero preventivamente todos *los sentimientos elevados* deben ser sospechosos para el hombre científico: tales son las ilusiones y extravagancias con que suelen andar mezclados. No quiero decir que estos sentimientos deban ser sospechosos por sí y de una vez para siempre, pero de todas las purificaciones graduales que esperan á la humanidad, una de las más lentas será la de los sentimientos elevados.

34. *Sentimientos morales y conceptos morales.*—Es evidente que los sentimientos morales se transmiten por cuanto los niños observan en los mayores predilecciones acérrimas y violentas antipatías respecto de ciertos actos, y como los niños son monos de imitación, procuran remedar las predilecciones y antipatía de los adultos. Después, en el curso de su vida, cuando están ya empapados de estos sentimientos, es cuando hacen un examen tardío, una especie de exposición de motivos de estas aficiones y estas antipatías consideradas desde el punto de vista de la conveniencia. Mas esta exposición de motivos no se refiere al origen ni al grado de aquellos sentimiento. Se limita á acomodarse á las conveniencias, que exigen que un ser racional conozca los argumentos en pro y en contra relativos á su conducta y pueda expresarlos en forma que resulte aceptable. En este sentido, la historia de los sentimientos morales es muy diferente de la historia de los conceptos morales. Los primeros tienen virtua-

lidad antes del acto; los segundos después, en vista de la necesidad de explicarle.

35. *De los sentimientos y la influencia que sobre ellos tienen los juicios.*—¡Fíate de tu corazón ó de tus sentimientos! se dice. Pero los sentimientos no son cosa definitiva ni original; detras de ellos están los juicios y las apreciaciones que nos son transmitidos en forma de sentimientos (preferencias, antipatías). La inspiración que emana de un sentimiento es nieta de un juicio, ¡muchas veces de un juicio equivocado!, y en todos los casos de un juicio que no es tuyo. Guiarse por los sentimientos es obedecer á su abuelo, á su abuela y á los abuelos de éstos más que á los dioses que moran en nosotros, que son nuestra razón y nuestra experiencia.

36. *Una locura de la piedad, llena de ocultas intenciones.*—¿Será verdad que los inventores de las antiguas civilizaciones, los primeros constructores de utensilios, de cuerdas, de carros, de piraguas y de casas, los primeros observadores de la conformidad de las leyes del sistema astronómico y de la tabla de multiplicar, fueron diferentes de los inventores y observadores de nuestro tiempo y superiores á éstos? ¿Habrán tenido los primeros pasos del progreso un valor que no pueden igualar todos nuestros viajes, todas nuestras navegaciones alrededor del mundo en el terreno de los descubrimientos? Así habla la preocupación; así argumenta para rebajar el mérito de los conocimientos actuales. Pero, con todo, es evidente que la causalidad fué la mayor inventora y la mejor observadora en los tiempos primitivos; la inspiradora benéfica de aquellas ingeniosas edades y que en las más insignifican-

tes invenciones de hoy en día, se gasta más ingenio, más energía y más imaginación científica que hubo antiguamente en dilatados periodos de tiempo.

37. *Falsas conclusiones que se sacan de la utilidad.*—Al demostrar la gran utilidad de una cosa, no se da el más mínimo paso para explicar su origen, con lo cual quiero decir que no es posible explicar, mediante su utilidad, la necesidad de la existencia de algo.

Pero hasta ahora ha dominado precisamente la opinión contraria, hasta en la esfera de las ciencias más rigurosas. ¿No llegaron los astrónomos á pretender que la supuesta utilidad de los satélites (reemplazar la luz debilitada por la larga distancia del sol, para que los habitantes de los astros no careciesen de luz), era la causa final de los mismos y la explicación de su origen? Puede recordarse también el razonamiento de Cristóbal Colón, según el cual, habiendo sido hecha la tierra para el hombre, dondequiera que haya una comarca, ha de estar habitada. ¿Es posible que el sol derrame sus rayos sobre la nada y que el brillo nocturno de las estrellas se derroche para mares solitarios y regiones deshabitadas?

38. *Los instintos transformados por los juicios morales.*—Un mismo instinto se trueca en el sentimiento deprimente de la cobardía, bajo la impresión de la censura que infligen las costumbres, ó en el sentimiento grato de la humildad si una moral como la cristiana lo rehabilita y lo califica de bueno. Así, pues, ese instinto supondrá, según los casos, tranquilidad ó intranquilidad de conciencia. En sí, como todo instinto, es independiente de la conciencia, no posee carácter

ni determinación moral, ni siquiera va acompañado de una sensación de placer ó de disgusto particular. Todo esto lo adquiere como segunda naturaleza cuando entra en relación con otros instintos que han recibido ya el bautismo del bien y del mal, ó si se le considera como atributo de un ser que el pueblo ha caracterizado y evaluado ya desde el punto de vista moral.

Los antiguos griegos tenían distinta opinión que nosotros de la *envidia*. Hesíodo la incluye entre los efectos de la benéfica Eris y á nadie escandalizaba la idea de que los dioses tuvieran algo de envidiosos. Se comprende esto en un estado de cosas cuya alma era la lucha, considerada buena y apreciada por tal. Igualmente los griegos se diferenciaban de nosotros en la estimación de la esperanza, mirada por ellos como ciega y pérfida. Hesíodo expresó en una fábula lo más violento que se puede decir contra la esperanza, y lo que dice parece tan extraño, que ningún intérprete moderno lo ha comprendido, pues es contrario al nuevo espíritu emanado del cristianismo, para el cual la esperanza es una virtud. En cambio, entre los griegos, la ciencia del porvenir no se consideraba enteramente inaccesible, y la averiguación de lo futuro había llegado á ser, en innumerables casos, un deber religioso. Mientras nosotros nos contentamos con la esperanza, los griegos, merced á las profecías de sus adivinos, la tenían en poco y la rebajaban á la categoría de un mal ó de un peligro. Los judíos consideraban la ira de diferente manera que nosotros, y la santificaron; por eso pusieron tan alta la majestad sombría del hombre dominado por la ira, que un europeo no acierta á imaginársela; modelaron la santidad de Jehovah irritado, sobre la santidad de sus profetas iracundos. Si se miden por seme-

jante medida los caracteres más coléricos de los europeos, resultan en cierto modo criaturas contrahechas, de segunda mano.

39. *El prejuicio del espíritu puro.*—Dondequiera que ha reinado la doctrina de la espiritualidad pura, ha destruido con sus excesos la fuerza nerviosa. Enseña á despreciar al cuerpo, á descuidarle y á atormentarle, á atormentar y á despreciar al hombre mismo á causa de sus instintos. Produce almas sombrías, petrificadas y oprimidas, que creen conocer la causa de sus miserias y esperan poderla suprimir. «Debe de hallarse en el cuerpo que está demasiado rozagante», decían cuando, en realidad, la carne con sus dolores no cesaba de protestar del continuo desprecio en que se la tenía. La nerviosidad exagerada, convertida en fenómeno general y crónico, acaba por ser la esfera propia de esos virtuosos espíritus puros, los cuales llegan á no conocer el goce más que bajo la forma de éxtasis y otros prodromos de la locura. Su sistema llegaba al apogeo cuando consideraban el éxtasis como punto culminante de la vida y como fundamento para condenar todo lo terrestre.

40. *Las investigaciones acerca de las costumbres.*—Los numerosos preceptos morales que se sacaban precipitadamente de algún acontecimiento extraño, allá en los orígenes, bien pronto se volvían incomprensibles. Deducir las intenciones á que obedecían esos preceptos, era tan difícil como precisar la penalidad que debía reprimir las infracciones. Se suscitaban dudas hasta respecto del orden de sucesión de las ceremonias, y mientras los hombres trataban de ponerse de acuerdo sobre este punto, el objeto de semejante in-

vestigación crecía en importancia, y lo más absurdo que contenía una costumbre acababa por volverse cosa sacrosanta. No apreciemos á la ligera el esfuerzo que la humanidad ha consumido en esto durante millares de años, y menos aún el efecto que produjeron estas investigaciones acerca de las costumbres. Ellas nos llevan al enorme campo de maniobras de la inteligencia, en el cual, no sólo las religiones se desarrollaron y perfeccionaron, sino que también la ciencia tuvo sus precursores venerables, aunque terribles todavía; allí se formaron y crecieron el poeta, el pensador, el médico, el legislador. El miedo de lo ininteligible, que de una manera equívoca nos exige ceremonias, fué adquiriendo poco á poco el atractivo de lo que es difícil de comprender, y cuando no se conseguía profundizar en el misterio, se aprendía á crear.

41. *Para determinar el valor de la vida contemplativa.*—No olvidemos, puesto que somos hombres de vida contemplativa, qué miserias y maldiciones han afligido á los hombres de la vida activa de resultas y como de rechazo de la contemplación; en una palabra, qué cuenta podría presentarnos la vida activa á nosotros si nos vanagloriásemos demasiado de los beneficios que producimos.

Nos recordaría, en primer lugar, las almas *religiosas* que por su número predominan entre los contemplativos y forman, por consiguiente, la especie más común, la cual en todas las épocas ha puesto de su parte lo posible para hacer difícil la vida á los hombres prácticos y á hastiarles de ella, oscureciendo el cielo, eclipsando el sol, haciendo sospechosa la alegría y vana la esperanza, paralizando la actividad. En esto han sobresalido, así como para las épocas y los senti-

mientos miserables han tenido dispuestos siempre sus consuelos, sus limosnas, la mano abierta y la bendición preparada. En segundo lugar, los artistas, especie de hombres de vida contemplativa más rara que los religiosos, pero bastante frecuente. Sus personas se hacen por lo general insoportables; son caprichosos, envidiosos, violentos, quisquillosos; hay que rebajar esta impresión del efecto de serenidad ó de noble exaltación que produjeron sus obras. En tercer lugar, los filósofos, especie en que vemos reunidos factores religiosos y artísticos, con los cuales se mezcla un tercer elemento: el elemento dialéctico, la afición á disputar. Estos han sido creadores del mal en el mismo sentido que los hombres religiosos y los artistas, y además con su propensión dialéctica han aburrido á muchos hombres; pero al menos su número fué siempre muy reducido. En cuarto lugar, los pensadores y los obreros de la ciencia. Rara vez han tratado de meter ruido, contentándose con hacer en silencio sus agujeros de topo, por lo cual han producido poco aburrimiento y poco deleite. Como han sido objeto de risa y de chacota, hasta han aliviado ó amenizado sin querer, por este concepto, la existencia de los hombres de la vida activa. Es más, la ciencia ha llegado á ser algo muy útil para todos, y si á causa de esta utilidad muchos hombres predestinados á la vida activa se han abierto camino hacia la ciencia á costa del sudor de su frente y no sin maldiciones y dolores de cabeza, no es culpa de los pensadores y de los investigadores científicos este inconveniente que es «dolor engendrado por nosotros mismos».

42. *Origen de la vida contemplativa.*—En las épocas bárbaras, cuando dominaban las ideas pesimistas

37230

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

acerca de los hombres y el mundo, el individuo, fiado en la plenitud de sus fuerzas, procuraba siempre conducirse con arreglo á estas ideas, es decir, ponerlas en acción mediante la caza, el saqueo, la emboscada, la crueldad y el homicidio, así como por medio de las formas atenuadas de estos actos, que se toleraban en el seno de la comunidad. Pero acontecía, que cuando el vigor del individuo decaía, cuando estaba fatigado ó enfermo, melancólico ó harto, y, por lo tanto, temporalmente sin deseos ni apetitos, se volvía un hombre relativamente mejor, menos peligroso, y sus ideas pesimistas no se manifestaban más que en palabras y meditaciones; por ejemplo, acerca de sus compañeros, de su mujer, de su vida ó de sus dioses. Sus juicios eran entonces juicios malos. En este estado de ánimo, el hombre se tornaba pensador y profeta, ó bien si la imaginación desarrollaba sus supersticiones, inventaba nuevas costumbres ó satirizaba á sus enemigos. Cualquiera que fuesen las cosas que imaginase, los frutos de su espíritu reflejaban necesariamente aquel estado psicológico, es decir, el incremento del temor y de la fatiga, el menoscabo de su estimación de los actos y de los goces. De esta manera de pensar salieron los elementos del estado de ánimo poético, imaginativo y sacerdotal; así vinieron á reinar los juicios malos. Después, los que hacían continuamente lo que en tiempos más remotos hacía el individuo tan sólo cuando se hallaba en esa disposición de ánimo; los que formaban juicios malos, vivían melancólicamente y pobres en acciones, y fueron llamados poetas ó pensadores, sacerdotes ó médicos. Como no rendían suficiente tributo á la acción, de buen grado los hubiesen despreciado y aun expulsado de la comunidad los demás hombres si en ello no hubieran visto un peligro: aque-

llos hombres extraños estaban sobre la pista de la superstición, seguían las huellas de la potencia divina, y se sospechaba que disponían de secretos pertenecientes á fuerzas desconocidas. En esta estima fueron tenidas las más antiguas generaciones de naturalezas contemplativas, estima que podía graduarse por el temor que inspiraban. Con este disfraz, con este respeto dudoso, con el corazón dañado y el espíritu inquieto dió la contemplación sus primeros pasos en la tierra, débil y terrible al mismo tiempo, despreciada en secreto y rodeada en público de las manifestaciones de un respeto supersticioso. De ella hay que decir, como siempre, *pudenda origo!*

43. *Suma de fuerzas que el pensador necesita ahora reunir en sí.*—Elevarse á la abstracción, tornarse ajeno á las consideraciones de los sentidos, fué lo que antiguamente se consideraba como verdadera elevación del espíritu, pero no podemos seguir profesando en absoluto esa manera de pensar. La embriaguez creada por las más pálidas imágenes de las palabras y de las cosas, el comercio con seres invisibles, imperceptibles, intangibles, pasaba por una existencia en otro mundo superior, existencia que tenía su origen en el hondo desprecio del mundo perceptible por los sentidos, mundo seductor y malo. «Estas abstracciones no nos rechazan, sino que pueden guiarnos, se decía, y de esta creencia se tomaba impulso como para escalar las cumbres. Mas no era el contenido de estos juegos intelectuales, sino los juegos mismos lo que se tomaba por cosa superior en los tiempos primitivos de la ciencia. De ahí la admiración de Platón hacia la dialéctica, de ahí su fe entusiasmo en la necesidad de las relaciones de ésta con el hombre justo,

emancipado de la esclavitud de los sentidos. No sólo se han ido descubriendo poco á poco y separadamente las diferentes maneras de conocer, sino también los medios del conocimiento en general: las condiciones y las operaciones previas del conocimiento en el hombre. Y siempre parecía que la operación nuevamente descubierta, ó los nuevos estados del alma no eran un medio para llegar al conocimiento, sino el fin perseguido, la sustancia y la suma de lo que habría que conocer. El pensador ha menester imaginación, arranque, abstracción, espiritualidad, inventiva, presentimiento, inducción, dialéctica deducción, crítica, clasificación de materiales, pensamiento impersonal, contemplación y síntesis, y necesita también, en no corto grado, espíritu de justicia y amor á todo lo que existe; mas todos estos medios aisladamente, cada uno cuando le llegó su turno, han sido considerados alguna vez en la historia de la vida contemplativa como fines, y como fines supremos, y han proporcionado á sus inventores aquella beatitud que inunda el alma cuando la alumbra el resplandor de un *fin supremo*.

44. *Origen y significación.*—¿Por qué acude sin cesar á mi mente esta idea y se viste de colores cada vez más vivos? Me refiero á la observación de que antiguamente, cuando trataban de indagar los hombres el origen de las cosas, se figuraban que encontrarían al término de ese camino algo que tendría valor inapreciable para toda clase de actos y de juicios. Hasta se admitía previamente que la salvación de los hombres podía depender de la inteligencia que tuvieran del origen de las cosas. Por el contrario, ahora, cuanto más nos dedicamos á la investigación de los orígenes,

menos interés ponemos en esta operación. Todos nuestros cálculos, todo el interés que atribuimos á las cosas, comienzan á perder su significación á medida que retrocedemos en la vía del conocimiento para perseguir más de cerca á las cosas; *con la inteligencia del origen, crece la insignificancia del mismo origen*, mientras que lo *próximo*, lo que está en nosotros y en torno nuestro, comienza poco á poco á mostrarse rico en color, en enigmas y en significaciones que la humanidad antigua no sospechó ni en sueños. Antes los pensadores daban vueltas como fieras enjauladas, poseídos de un furor secreto, con la vista fija en los barrotes de la jaula, precipitándose á veces sobre ellos para tratar de romperlos, y se consideraba bienaventurado el que, á través de la reja, creía ver algo exterior, algo situado en un más allá lejano.

45. *Un desenlace trágico del conocimiento.*—Entre todos los medios de exaltación, los que más han elevado y espiritualizado al hombre en todas las épocas, han sido los sacrificios humanos. ¿Existirá una idea prodigiosa que todavía hoy podría aniquilar toda otra aspiración, consiguiendo el triunfo sobre las más victoriosas? Me refiero á la idea de una humanidad que se sacrifica. Y ¿á quién podría sacrificarse? Desde luego se puede jurar que si la constelación de esta idea se mostrase alguna vez en el horizonte, el conocimiento de la verdad sería el único fin grandioso con el que guardaría proporción tamaño sacrificio, pues para lograr el conocimiento ningún sacrificio es demasiado grande. Pero este problema no se ha planteado nunca, no se han preguntado jamás los hombres en qué sentido podrían hacerse gestiones para impulsar á la humanidad entera al sacrificio, ni qué

instinto de conocimiento conduciría á la humanidad á ofrecerse á sí misma en holocausto, para morir con la luz de una sabiduría anticipada en los ojos. Acaso cuando lleguemos á fraternizar con los habitantes de otros planetas, á fin de llegar á un conocimiento superior, y cuando por espacio de miles de años se haya comunicado el saber de estrella en estrella, quizá en todos la ola de entusiasmo levantada por el conocimiento pueda alcanzar semejante altura.

46. *Dudar de que se duda.*—«¡Buena almohada es la duda para una cabeza bien equilibrada!»—Esta frase de Montaigne exasperaba á Pascal, porque nadie ha deseado tanto como él una buena almohada. ¿En qué consistía esto?

47. *Las palabras obstruyen nuestro camino.*—Dondequiera que los antiguos, los hombres de las primeras edades colocaban una palabra creían haber hecho un descubrimiento. ¡Qué equivocados estaban! Habían dado con un problema, y creyendo haberle resuelto habían creado un obstáculo para su solución. Ahora, para alcanzar el conocimiento hay que ir tropezando con palabras que se han vuelto duras y eternas como piedras y es más fácil romperse una pierna al tropezar con ellas que destruir una de esas palabras.

48. *Conócete á ti mismo; ahí está toda la ciencia.*—Sólo cuando el hombre haya alcanzado el conocimiento de todas las cosas, podrá conocerse á sí mismo, pues las cosas son las fronteras del hombre.

49. *Nuevo sentimiento fundamental; nuestra naturaleza es definitivamente perecedera.*—Antiguamente

se procuraba despertar el sentimiento de la soberanía del hombre, mostrando su *origen* divino; ésta ha llegado á ser una senda vedada, pues á la entrada de ella está el mono con otros animales de catadura no menos espantable; es una senda que nos enseña los dientes como si quisiera decir: no deis un paso más en esta dirección. Por consiguiente, se hacen tentativas para adelantar en la dirección opuesta: el camino que sigue la humanidad debe servir de prueba de su soberanía y de su naturaleza divina. Mas ¡ay! tampoco se consigue nada. Al final de ese camino se encuentra el sarcófago del último hombre que entierre á los muertos (con la inscripción *nihil humanum a me alienum puto*).

Cualquiera que sea el grado de superioridad que pueda alcanzar la evolución humana—y acaso será al fin inferior á lo que fué al principio—no hay para ella medio de pasar á un orden superior, como la hormiga ú otro insecto, terminada su carrera terrestre, no entran en la eternidad ni van á reposar en el seno de Dios. El *devenir* arrastra detrás de sí lo que fué en lo pasado. ¿Cómo había de hacerse una excepción de ese eterno espectáculo por un pequeño planeta y una mísera especie de ese planeta? Dejémosnos de tales sentimentalismos.

50. *La fe en la embriaguez.*—Los hombres que tienen instantes de sublime arrobamiento y que en estado normal, por efecto del contraste y del gasto de sus fuerzas nerviosas se sienten míseros y desconsolados, consideran aquellos momentos como la verdadera manifestación de sí mismos, de su *yo*, y la miseria y desolación, por el contrario, como efectos del *no-yo*. Por eso abrigan sentimientos de venganza hacia lo que les